

January 2015

Narraciones desde el trabajo de campo: un acercamiento a la percepción del investigador social durante el trabajo con la comunidad en la región del Magdalena Centro (Cundinamarca)

Sergio Antonio Clavijo
CAFAM EPSS, saclavijoc@gmail.com

Wilson Giovanni Jiménez Barbosa
revistasaludvisual@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/svo>



Part of the [Eye Diseases Commons](#), [Optometry Commons](#), [Other Analytical, Diagnostic and Therapeutic Techniques and Equipment Commons](#), and the [Vision Science Commons](#)

Citación recomendada

Clavijo SA y Jiménez Barbosa WG. Narraciones desde el trabajo de campo: un acercamiento a la percepción del investigador social durante el trabajo con la comunidad en la región del Magdalena Centro (Cundinamarca). *Cienc Tecnol Salud Vis Ocul*. 2015;(2): 41-62. doi: <https://doi.org/10.19052/sv.3286>

This Artículo de Investigación is brought to you for free and open access by the Revistas científicas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Ciencia y Tecnología para la Salud Visual y Ocular* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Narraciones desde el trabajo de campo: un acercamiento a la percepción del investigador social durante el trabajo con la comunidad en la región del Magdalena Centro (Cundinamarca)*

Fieldwork narratives: An approach to the perception of a social researcher
working with the community in the region of Magdalena Center
(Cundinamarca)

SERGIO CLAVIJO**

WILSON GIOVANNI JIMÉNEZ BARBOSA***

RESUMEN

En la mayoría de los casos, la percepción que tiene el investigador social cuando realiza el trabajo de campo no es descrita dentro de los resultados finales de las investigaciones; sin embargo, ella constituye una rica fuente de información que permite identificar las alegrías, las tristezas, las satisfacciones y los desencuentros que se generan en la vivencia de trabajar con comunidades; por ende, su percepción es un aporte fundamental para que otros investigadores conozcan y reconozcan sus propias vivencias. Por tal causa, este artículo tiene como objetivo narrar las experiencias vividas por parte de un investigador de campo: se mostrará cuál fue su relación con el contexto, los actores que intervinieron en su investigación y los sucesos que, a su juicio, resultaron relevantes. Los datos que se presentan en los resultados fueron recogidos a partir del diario de campo que el autor elaboró a lo largo del trabajo que se llevó a cabo en la provincia del Magdalena Centro (Cundinamarca, Colombia). En consecuencia, se expone cómo la narrativa permite conocer la forma en que el investigador es afectado por los contextos y los sujetos con los que interactúa; y ello permite comprender que en la investigación social no existe una fragmentación entre sujeto y objeto de investigación, sino que entre ellos se da un diálogo continuo que favorece la comprensión profunda de los fenómenos estudiados.

Palabras clave: percepción, narrativa, diario de campo.

* El artículo se deriva del “Proyecto de investigación técnica y académica para la elaboración del plan sobre prioridades de gestión en salud pública, con el fin de implementar el modelo de gestión en salud y el alistamiento de la Sala Situacional de Condiciones de Salud y Trabajo de Cundinamarca”, adelantado mediante el Contrato 1167, para el desarrollo de actividades científicas y tecnológicas, celebrado entre el Secretaría de Salud de Cundinamarca y la Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.

** Especialista en Gerencia y Auditoría de la Calidad en Salud por la Universidad Jorge Tadeo Lozano, Bogotá, Colombia. Enfermero por la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia. Auditor de Cuentas Médicas del Régimen Subsidiado, CAFAM EPSS.

*** Doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud por la Universidad de Manizales, Manizales, Colombia. Magíster en Administración por la Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia. Odontólogo por la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia. Docente de los posgrados del área de Gestión de la Salud y Seguridad Social de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, Bogotá, Colombia.

Cómo citar este artículo: Clavijo S, Jiménez Barbosa WG. Narraciones desde el trabajo de campo: un acercamiento a la percepción del investigador social durante el trabajo con la comunidad en la región del Magdalena Centro (Cundinamarca). *Cienc Tecnol Salud Vis Ocul.* 2015;13(2):41-62.

ABSTRACT

In most cases, the perception of a social researcher when performing fieldwork is not described in the final results of the investigation; however, it is a rich source of information that allows us to identify happy moments, sorrows, satisfactions and misunderstandings generated in the experience of working with communities. Therefore, this perception is a key contribution for other workers to distinguish and recognize their own experiences. For this reason, this article aims to narrate the experiences of a field researcher: how his relationship was with the context, the actors involved in his research, and events that, in his opinion, were relevant. The data presented in the results were collected from the field journal elaborated by the author throughout his work in the province of Magdalena Center (Cundinamarca, Colombia). Accordingly, the narrative describes how the researcher is affected by contexts and subjects he interacts with; and it allows us to understand that there is no fragmentation between the subject and object of research in social investigations, but there is an ongoing dialogue between them that promotes a deeper understanding of the studied phenomena.

Keywords: perception, narrative, field journal.

INTRODUCCIÓN

Este artículo se deriva del proyecto de investigación “Implementación del modelo de gestión Cundinamarca Saludable para conocer antecedentes, desarrollos e impactos en salud en la provincia piloto”, cuyo objetivo era conocer los antecedentes de tipo social, económico y cultural que rodearon la implementación del modelo de gestión en la provincia del Magdalena Centro, así como analizar los desarrollos obtenidos en el periodo e identificar posibles impactos para el mejoramiento de la salud de la población.

Este artículo narra las experiencias vividas por parte del investigador de campo (primer autor): muestra cuál era su relación con el ambiente que vivenció, los actores que intervinieron en su investigación y los sucesos que resultaron relevantes; todo esto, basado en el diario de campo que se utilizó para describir las percepciones que el investigador encontraba y le resultaban importantes.

Es intención de este artículo mostrar lo que siente el investigador de campo cuando hace su investigación, pues siempre estamos atentos a la realidad que él observó o a los resultados que tiene listos para publicar; sin embargo, no nos detenemos a ver cuáles fueron las condiciones que tuvo que afrontar el investigador a la hora de la acción. Y aunque no parezca relevante, es importante recordar que aquel que investiga no se conserva como

un ente metafísico, sino como un sujeto que percibe y siente de la misma manera que aquel que investiga, y tal vez más, pues ciertamente esta no es su realidad, no está acostumbrado a vivir en este contexto, y ello lo llevará a sentir, pensar y vivir de otra manera.

Además, estas emociones marcarán el rumbo de lo investigado, pues crearán percepciones, criterios y sesgos que influirán, aunque en lo menos posible, en el resultado investigativo. Como señalaría Bourdieu (1), la intención no es mostrar “la realidad” como un todo, único e invariable, sino como parte de una realidad percibida por un individuo en particular. Esto nos lleva a pensar que no hay dueños de la verdad, no hay una verdad única; las diversidades son mucho más extensas que los prejuicios.

Se encontró además una problemática de tipo académico: la necesidad de publicar un artículo que pusiera de relieve la trascendencia de los diarios de campo en la investigación social. Lo anterior se explica por la escasa publicación de textos basados en las percepciones de los investigadores de campo. Y no es que no existan, sino que particularmente son de difícil extracción para formar una fuente bibliográfica, pues marcan en sí una realidad y unos parámetros que prácticamente los hacen útiles solo para ese tipo de investigación. Sin embargo, reflejan el sentir y el pensar de los investigadores y dan un sentido al trabajo investigativo social.

Las narraciones que a continuación se leerán forman parte del itinerario de un investigador de campo en los siete días que estuvo en la provincia del Magdalena Centro (Cundinamarca). Este ejercicio tenía como objetivo recoger información de los *actores relevantes*, categoría que refiere a las personas de la población con algún grado de injerencia o conocimiento sobre la problemática social, especialmente en el ámbito de la salud. Es importante aclarar que cada narración corresponde a un día distinto, el cual tuvo su desarrollo en un municipio distinto.

A manera de contextualización, la provincia del Magdalena Centro está ubicada en Cundinamarca, Colombia. Está compuesta por siete municipios: Vianí, Pulí, Chaguaní, Bituima, Beltrán, Guayabal de Siquima y San Juan de Rioseco, que es la cabecera municipal (2).

Como se señaló, toda esta narración se basó en un diario de campo, “el documento personal por excelencia”. Su característica peculiar es el hecho de que se escribe para uso estrictamente personal y de modo contemporáneo a los acontecimientos descritos. El diario registra las acciones, las opiniones, las formas de pensar y de sentir en el mismo momento en el que se está viviendo, y por ello este documento se configura como un testimonio muy valioso y único de la vida interior del que escribe (3).

Cuando los lee un investigador distinto del que los escribió, se produce cierta incomodidad: los diarios son íntimos y, por lo general, consignan pensamientos que rara vez corresponden a la coherencia que le da valor a la tarea del investigador. Los diarios conservan algo de la tensión que luego se diluye en los formatos académicos. Se trata de materia prima bibliográfica que luego se traduce en textos científicos; de una concesión que hace el académico en busca de una forma de escritura más propia del viajero y de la tradición romántica. Esto, antes que descalificar a los diarios como fuente de estudio, los hace más interesantes y reveladores (4).

Los diarios de campo tienen su base desde la etnografía, la cual los usa generalmente como herramienta. Pero el diario de campo no ha recibido tanto interés. No obstante, hay buenas razones para considerarlo un testimonio importante: por un lado, forma parte del “estar allí”, con los “otros”; y, por otro, no puede separarse de la producción del texto. Los diarios consignan las impresiones más íntimas de la experiencia de campo; por ello, por lo general nadie más, aparte del autor, debería leerlos. Muchas veces muestran la inconformidad del autor con el “estar allí”; por lo tanto, son ambiguos, contradictorios, incluso eclécticos, razón por la cual suelen meter en problemas a sus autores. Así sucedió en el caso de los diarios de Malinowski, quien no pudo evitar poner de relieve la presentación que de ellos hizo Raymond Firth (4).

Pero en la investigación social, la observación y los registros escritos de lo observado se constituyen en la técnica y el instrumento básico para producir descripciones de calidad. Dichos registros se producen sobre una realidad desde la cual se define un objeto de estudio. Vale la pena destacar que tanto la observación como el registro se matizan en el terreno, y allí tanto la experiencia como la intencionalidad del investigador están colmadas de cuestionamientos (5).

Cuestionarnos sobre una realidad o un objeto quiere decir que no los estamos mirando simplemente; ese cuestionamiento nos está indicando que a esa realidad la estamos observando con sentido de indagación. Así, pueden capturarse elementos constitutivos de la cotidianidad, como los quehaceres, las relaciones, las costumbres, lo normal. Todos ellos interactúan entre sí, y por ello le corresponde al investigador reconstruirlos en su dinámica, para la comprensión y definición del tema de investigación. Cuando el investigador se da a la tarea de reconstruir, ya está adentrándose en el proceso de la planeación para realizar la observación y profundizar en un campo temático (5).

Esto nos permite afirmar que todos los individuos dan un significado muy importante a sus experiencias,

que son variables y múltiples. La meta es confiar al máximo en estas visiones sobre la situación de estudio. Las preguntas deben permitir abordar la construcción de la realidad de la situación a partir de las discusiones y la interacción con otras personas. El cuestionario debe ser abierto, en tanto el investigador ha de tener la mejor escucha frente a lo que las personas dicen. Las voces no deben ser tomadas como simples historias, sino que se deben formar interacciones con los otros, formar el constructivismo social, a través de las normas históricas y culturales que operan en las vidas de los individuos (6).

METODOLOGÍA

La metodología de investigación escogida es la narrativa. Esta se entiende como la cualidad estructurada de la experiencia comprendida y vista como un relato. También como un enfoque de investigación: el de las pautas y formas de construir sentido, a partir de acciones temporales personales, por medio de la descripción y el análisis de los datos biográficos. Es una particular reconstrucción de la experiencia por la que, mediante un proceso reflexivo, se da significado a lo sucedido o vivido. Trama argumental, secuencia temporal, personajes y situación son constitutivos de la configuración narrativa (7).

Para llegar a comprender ciertos problemas sociales, los métodos narrativos ayudan a construir esas vivencias de los sujetos a través de la escucha. Los relatos de vida, por ejemplo, permiten llegar al mundo simbólico de los sujetos, lo que resulta una tarea arqueológica, pues se busca excavar en todos los acontecimientos y sucesos de las personas, aunque las vivencias sean insignificantes. Ello permite llegar hasta el problema humano (8).

Desde la narrativa, por medio de preguntas a uno o más individuos, se estudia y profundiza sobre sus vidas. Esta información es más adelante contada por el investigador en orden cronológico. Al final,

la narrativa combina la visión de los participantes con lo vivido por el investigador (6).

Con independencia de la disciplina o de la tradición académica, la narrativa se refiere a la estructura, al conocimiento y a las habilidades necesarias para construir una historia. En lenguaje cotidiano, los términos *historia* y *narrativa* son sinónimos: relatos de actos que, por lo general, involucran a seres humanos o animales humanizados (8).

La narrativa se comporta como un enfoque específico de investigación que tiene su propia credibilidad y legitimidad para construir conocimiento. Reclama, por tanto, un modo distintivo del paradigma cualitativo convencional, sin limitarse a una metodología de recolección y análisis de datos. En esa medida, altera algunos supuestos de los modos asentados de investigar: hace de esta práctica algo más accesible, natural o democrática. Contar las propias vivencias y “leer” (en el sentido de “interpretar”) dichos hechos y acciones, a la luz de la historia que se narra, se convierte en una perspectiva peculiar de investigación (9).

Con todo esto, se invita al lector a introducirse en las vivencias de un investigador (narrada en primera persona), y a partir de este, conocer el mundo que vio, recorrió e interpretó a su manera, según sus sentimientos y sus pensamientos.

RUMBO A LO DESCONOCIDO

Salgo de la ciudad de Bogotá con destino hacia el municipio de San Juan de Rioseco. Es de madrugada, todavía con sueño por levantarme tan temprano, pues el viaje inicia las 5 a. m. Todavía no sé dónde me voy a instalar ni cuál será mi itinerario en la provincia del Magdalena Centro, pues aunque se ha planificado el viaje y el proceso investigativo está definido, no conozco el territorio ni el orden de visitas que voy a realizar. Voy por la avenida Boyacá, y el bus se estaciona al lado del andén, en espera de recoger más pasajeros para poder llenar su cupo; pero esto me preocupa y me molesta, pues

si el viaje es de tres horas y esta gente se demora, ¿a qué horas voy a llegar?, y además, ¿para qué me sirvió la madrugada? No queda más remedio que tener paciencia y esperar a que arranque.

Son más o menos las 7:30 a. m. Luego de pasar el peaje del municipio de Guayabal de Síquima, hay un trancón, situación generada por la ilegalidad: un vehículo de carga tiene un sobrecupo en su capacidad y queda varado en el camino. Además, el camino no está pavimentado, a pesar del cobro del peaje; es prácticamente un hueco. Ya de por sí iba preocupado desde la madrugada por la demora en la salida, ¡y ahora resulta que toca esperar por los descuidos y egoísmos de otros! No es sino hasta que una grúa aparece y logra remolcar el vehículo de carga cuando podemos salir de allí. Lo malo es que he perdido media hora y todavía falta camino para San Juan.

Por fin logro llegar hasta el municipio de San Juan de Rioseco; pero claro, eran como las 9:30 a. m. Al salir del bus, siento inmediatamente el aire caliente, propio de estas regiones, y mi cuerpo acostumbrado al frío capitalino inmediatamente cambia su aspecto: las mejillas se me ponen coloradas, sudo bastante, como si me estuviera mojando. Al recoger mi equipaje, llamo a mi contacto para que me indique el lugar donde voy a alojarme. Me dice que pregunte por un hotel en particular, que la gente sabe dónde es. Así lo hago y llego prontamente.

Entrando al hotel, observo que están remodelando la fachada y las dos habitaciones que tienen en frente. La persona que me atiende me ubica en una habitación pequeña, pero tiene su propio baño, cama, perchero y televisión con conexión a cable. Voy acomodando mis cosas, pero no sé si me vaya a quedar todos los cuatro días en este hotel. Igual, termino de acomodarlas y me dirijo a reunirme con mi contacto. Pero antes de hacerlo, le pido a la persona que me atendió que me dé la llave de mi habitación, a lo cual me contesta que no es posible, pero que me abrirá la puerta siempre que yo lo necesite. Inmediatamente me regreso a

la habitación y guardo en mi maleta de espalda el dinero y los objetos de valor que llevaba, por temor a ser robado; solo dejo en la habitación mi ropa y los utensilios de aseo personal.

Llego al hospital y me reúno con mi contacto, que es un colega conocido de la misma universidad; me saluda y me pregunta cómo me fue en el viaje y si ubiqué rápidamente el hotel. Terminadas las respectivas presentaciones, mi contacto me trazó la ruta para el viaje a los municipios de la provincia del Magdalena Centro. Queda claro que por esta semana visitaría cuatro municipios, y en la siguiente semana lo haría en los restantes tres. Me dijo que los visitara en este orden: San Juan de Rioseco, Beltrán, Pulí y Vianí. Me informó de los horarios de salida y entrada de los buses al municipio, y de todas las pericias que tenía que hacer para poder movilizarme hasta mi lugar de destino. Pensé que estaba exagerando; mas con el pasar del tiempo terminaría dándole toda la razón.

Me ubicó con una gestora que conoce el municipio de San Juan y sus veredas, y tan pronto como estuvo disponible, partimos. La gestora de San Juan me dijo que tomáramos un taxi, pero que ella negociaría el costo del pasaje, porque si me veían a mí, con cara de forastero, nos cobraban más. La gestora logró que el taxista nos llevara por \$10.000 hasta la vereda. Estando allí, me presentó a la dueña de la casa. Según observo, es de esas mujeres que han trabajado desde pequeñas y han logrado algún reconocimiento social. Además, posee un aire de mando. Sin embargo, nos atiende como si nos conociera desde hace rato, y al ver mi rostro ruborizado nos ofrece una gaseosa. Un poco más fresco, alisto mis cosas —las que en el hotel temía perder— e inicio la entrevista.

En la entrevista me presenté, expuse las razones y los objetivos. Mis preguntas son respondidas con aparente tranquilidad y seguridad, pero la señora mide con cuidado sus palabras, me mira con recelo, observa las señas que le hace la gestora, responde y sonrío al finalizar su testimonio. Al parecer, en la medida en que vamos avanzando, se siente más

tranquila y contesta con mayor naturalidad. Finalizamos la entrevista y, ya entrados en confianza, la señora me permite tomar un registro fotográfico de su casa y suyo. Termina esta primera experiencia, este primer momento, pensando en todas las cosas que me faltaban por hacer, los lugares que tenía que recorrer y la gente que iba a conocer.

Tomamos camino hacia el otro punto donde se encuentra otra de las personas por entrevistar. Nos vamos caminando; generalmente soy muy bueno para las caminatas largas, pero en Bogotá, aquí en San Juan es otra historia. Mientras avanzamos por la carretera, la gestora me comenta que todo esto es la parte suave, que hay otros sitios donde toca alquilar caballo o hacer maromas para poder entrar, porque son terrenos muy agrestes. Ella se ríe al ver mi expresión, y yo espero que solo sea una broma. No lo era.

Llegamos al otro sitio. La persona que nos recibe es un señor muy conocido de la gestora, pero al comentarle lo de la entrevista, desea más bien que otra persona la conteste; en este caso, designa a su esposa. La esposa sale y recibe con mucha confianza a la gestora, pero conmigo se comporta con mucho formalismo. Le explicamos lo que pretendemos hacer, y su reacción es dar toda una serie de quejas sobre un asunto en particular relacionado con mosquitos y cómo han hecho para poder eliminar esa plaga. La gestora le comenta a la señora que parte de la entrevista consiste en que ella cuente todas estas situaciones; yo la secundo, aunque soy consciente de que ese no es el objetivo del proceso investigativo. Sin embargo, en la entrevista logro que ella puntualice su testimonio sobre el proceso de salud en las veredas y su parecer frente al modelo. Después de un rato, a ella se le ha olvidado todo lo relacionado con los mosquitos.

Terminada la entrevista, la hija de la señora nos ofrece una bebida, que acepto con mucho gusto, pues el calor es insoportable. Allí la señora cuenta una anécdota sobre una “pésima” atención en el centro de salud por parte de un médico. Se le nota el desespero, la molestia, el malestar. Sin embargo,

cuenta que fue hace ya mucho tiempo, pero que espera que sujetos como estos no vuelvan por el pueblo. Nos despedimos e iniciamos el retorno hacia el casco urbano. Yo esperaba que pasara prontamente el transporte, pero la gestora me decía que posiblemente se demoraba y que nos iba a tocar regresarnos a pie. Tenía razón: caminé bajo el sol de mediodía casi por dos horas.

Mientras andábamos, lo que más me preocupaba era insolarme, pues aunque para este viaje me había aplicado bloqueador, con esa temperatura, la sudoración y la falta de sombra, posiblemente su efecto no sea muy largo o muy eficaz. Pero, por lo menos, había un espacio de diálogo entre la gestora y yo. Era interesante escucharla. Ella hacía el camino más corto, mientras me hablaba de sus expectativas, de sus hijos, de su trabajo. Es interesante ver que hay un mundo detrás de las personas que se preocupan por nuestra salud; personas que sufren, ríen, lloran, que tienen angustias y que también se enferman.

Por el camino hicimos una parada en la casa de los suegros de la gestora. La suegra nos recibió y nos ofreció una limonada. Me sorprendió que en esta casa se encontrara un pavo real, junto con perros y otro tipo de aves. Es curioso observar esta realidad. La suegra de la gestora presentaba una úlcera varicosa y tenía un vendaje, pero la coloración de este evidenciaba que posiblemente existiera una infección. Al irnos, observo que es la 1 p. m. y que ciertamente no ha pasado ningún vehículo de transporte público. Lo peor es que todavía no hemos llegado ni siquiera a La Rioja, punto de entrada para San Juan.

Seguimos caminando y pasamos por una casa en la cual nos detenemos, pues la gestora observa que hay un carro que pertenece a una enfermera, y que tal vez ella nos puede llevar hasta el casco urbano de San Juan. Pero al hablar ella con el gestor que estaba acompañando a la enfermera, le comenta que la ruta es otra, y que por esta razón no puede acercarnos hasta el casco urbano de San Juan. En ese momento pasó una flota; yo no

la detuve, pues hasta ese momento no sabía que no nos acercarían. Por suerte pasó otra al poco tiempo, nos subimos y luego nos bajamos en La Rioja. Allí nos tocó caminar hasta San Juan, pues no pasó ningún vehículo. Cuando llegamos eran aproximadamente las 3:00 p.m. Me despedí de la gestora y me fui a buscar un restaurante, pues tenía hambre y pensé que un buen almuerzo me podría reconfortar.

Entré a un restaurante “recomendado” por la gestora. No me sorprendió verlo vacío a esa hora. Pregunté por el menú, escogí lo que me apeteció y me dispuse a almorzar. La verdad, la comida no fue la gran cosa, pero con el cansancio y el hambre que tenía, me conformé con lo que me sirvieron. Entré al hotel y me duché. Mientras me bañaba, observaba mis brazos de un ligero color rojizo, propio de una insolación. Lo curioso era que aunque me bañaba con agua fría, seguía sudando. Ni modo: es tierra caliente. Cuando terminé de alistarme, me dirigí nuevamente al hospital y hablé con mi contacto para el viaje del día siguiente. Allí me dice que para ir a Beltrán debo tomar transporte a las 6:45 a. m., bajarme en La Rioja, tomar otro transporte hasta Cambao y allí tomar un bus que me lleve hasta Beltrán. Y que debo salir antes de las 2 p. m., pues hasta esa hora pasa el transporte público. Vamos a ver cómo nos irá mañana.

UN DÍA ESPANTOSO

Estoy en la estación de San Juan a las 6:45 a. m. esperando iniciar prontamente mi viaje. Veo el bus estacionado, me subo y espero que inicie su recorrido; pero, como es costumbre, el conductor espera hasta que se llene el bus, lo cual, al igual que en Bogotá, me hace perder parcialmente la madrugada. En ese momento no me queda más que confiar en que los otros buses que debo tomar no se vayan a pasar. Iniciamos el viaje aproximadamente a las 7:30 a. m., lo cual me deja claro que pude haberme levantado un poco más tarde y haber desayunado; pero bueno, así son las cosas. Me bajo en La Rioja, tal como se me indicó. Allí,

según las recomendaciones, debo esperar un bus que pase para Cambao.

Resulta que la espera dura casi 15 minutos, pero lo curioso es que el bus que tomé para Cambao venía desde Bogotá, bajaba hasta San Juan y salía para Cambao. Con esto me queda claro que las indicaciones que me dio mi contacto no fueron precisas y que perfectamente pude haber esperado hasta las 8 a. m. y tomar ese transporte desde San Juan. Pero este evento no sería el único inconveniente del día.

Al llegar a Cambao, le pregunté a una de las trabajadoras de la bomba de gasolina¹ a qué horas pasaba el bus hacia Beltrán, y ella me dijo que más o menos a las 9:30 a. m. Le pregunté si alcanzaba a desayunar, pues eran las 8:45 a. m., y me respondió que lo podía hacer sin ninguna preocupación, pues el bus siempre se demoraba.

Me fui a desayunar. Los alimentos no fueron precisamente ni los más ricos ni los más abundantes, pero con el hambre que tenía, no me quedaba otra opción. Pero lo peor fue que mientras desayunaba, pasó un bus de la ruta hacia Beltrán, aunque no tenía ningún aviso. La funcionaria de la gasolinera me hizo señas para indicarme que ese era el bus. Yo decidí esperar, pues no había tomado mi desayuno completamente, y mientras eso pasaba, el bus siguió su camino y se perdió de vista. Al terminar de desayunar, me dirigí hasta donde la funcionaria de la gasolinera; me dijo que se le hacía raro que el bus pasara a esa hora. Yo le pregunté que cuándo volvía a pasar otro bus hasta Beltrán, y ella me contestó tranquilamente que hasta las 11 a. m.; pero notando mi afán, me dijo que había un señor que en motocicleta me podía llevar hasta Beltrán, que me lo “charlara” y negociara con él el pasaje.

Hice caso y le pregunté al señor si me podía prestar el servicio. Él me dijo que sí, pero que me costaría

¹ En Colombia, expresión local para designar una estación de gasolina o gasolinera.

\$15.000, lo cual me pareció una exageración. Yo le insistí en que me cobrara por lo menos \$10.000, pero el señor no bajó en nada sus pretensiones, y por el contrario me dio una perorata de por qué, según él, era tan costoso el viaje. Para reforzar su punto de vista, le preguntó a la misma chica de la gasolinera que a qué horas pasaría nuevamente el bus; ella le contestó lo mismo que a mí. En ese momento sentí mucha ira; ira contra la chica de la gasolinera por su dato inexacto que me costó tomar el bus, ira contra el señor de la moto por su usura. Tal vez por eso me enfoqué negativamente en las características del señor: me pareció vulgar y detestable, de esos personajes pintorescos de las novelas de García Márquez, y de paso sentí que la chica de la gasolinera me dio mal la información para ponerme en esta situación y sacar provecho.

Sin embargo, no sé si por burla o por otra cosa, el mismo señor me dijo que si quería podía esperar en la bifurcación que conduce hacia Beltrán y pedirle a un vehículo particular que me llevara, pues la ruta es una vía hacia Girardot y tal vez allí podían llevarme. Yo, ofendido y con mucha molestia, decidí tomar esta opción, incluso con lo que me fastidia pedir favores a extraños, y decidí esperar a que pasara algo. Sentí que de alguna manera haciendo esto superaba lo que yo sentía como un abuso por parte de estos dos. Esperé en la bifurcación, y por suerte y para mi bien, pasó un vehículo particular que se detuvo para preguntarme si esta era la ruta hacia Girardot. Yo, con mi recién aprendido conocimiento en vías cundinamarquesas, con toda autoridad contesté que sí, que derecho se llegaba hasta allá. Con esta oportunidad, y viendo que yo había prestado un servicio, me atreví a pedirles que me llevaran hasta Beltrán, pues quedaba de camino a su ruta de origen. Gracias a Dios no tuvieron reparos en llevarme y me invitaron a seguir el camino con ellos. Sentí en ese momento que había logrado un gran triunfo frente a la adversidad, que a pesar del problema había logrado encontrar solución y alcanzar mi objetivo: llegar a Beltrán.

Durante el camino me llamó la gestora del municipio de Beltrán, pues con ella ya nos habíamos comunicado desde el día anterior y esperaba que llegara en el primer bus que arribaba a Beltrán. Me confió que estaba preocupada porque no me había encontrado allí. Yo le expliqué lo sucedido, con lo cual ella se tranquilizó. Le dije que tan pronto llegara, le llamaría. Al llegar, les agradecí a las personas que me llevaron y les ofrecí \$3.000; ellos se negaron, pero yo insistí y aceptaron. Me bajé y seguí mi camino, mientras observaba un pueblo casi desértico, sin niños, sin gente joven.

Al llegar a la plaza, me comuniqué con la gestora del municipio. Me dijo que la esperara. Mientras tanto, yo tomé una bebida, pues aunque era de mañana, la temperatura aquí era más alta que en el mismo San Juan. Cuando la gestora apareció, nos presentamos y nos dispusimos a realizar la labor. Fuimos inicialmente adonde una de las líderes comunitarias, pero estaba ocupada, así que decidimos ir a otro sitio para buscar a otra persona. Nos dirigimos a la Alcaldía Municipal, donde encontramos a quien estábamos buscando. La abordamos y le pedimos su colaboración para la investigación, pero empezó todo un discurso de por qué temía hacerla, pues, en sus términos, no quería verse “enchicharrada”, emproblemada, por los comentarios que pudiera hacer. Yo le expliqué que esto tenía fines puramente académicos. Yo ya estaba molesto, pues con lo que me venía pasando desde la mañana —el transporte, la alimentación tan regular...—, ya no tenía paciencia. Así que finalmente decidí decirle que, si así lo quería, podía no participar en el proyecto. Pero la sorpresa volvió a golpearme, pues con todo y lo que se quejó, aceptó que yo le tomara la entrevista.

Reconozco que fue una entrevista emocionalmente tediosa, aburrida, tensa, pues adicional a mi indisposición frente a la entrevistada, ella respondía con relativo hermetismo, reserva, midiendo sus palabras, anulando casi completamente la sinceridad que yo pretendía recoger. Se terminó la entrevista. Me despedí y salí de allí junto con la gestora. Ella me llevó al centro de salud, me lo

mostró; me pareció un lugar bonito, incluso acogedor, algo raro en los servicios de salud del país. Pero estaba completamente solo, pues los trabajadores de la salud estaban haciendo consulta en una de las veredas del municipio de Beltrán. De allí nos dirigimos nuevamente al primer lugar que llegamos, pero ya no había nadie.

Mientras esperaba el transporte de regreso, la gestora me comentó que ella desde el último día de marzo ya no trabajaba más con el hospital, pues las condiciones laborales y el salario no eran suficientes para el gran esfuerzo que les tocaba hacer. Me dijo que gastaban mucho dinero de su bolsillo para desplazarse a cualquier sitio. Comprendí que era cierto. Además deben desplazarse en horas exactas, pues el transporte es poco y limitado. Quise ir a una de las veredas del municipio, pero con el problema del transporte, por un lado, y la desvinculación laboral de la gestora, por el otro, era casi imposible realizar esta labor. Es irónico: solo me quedé con la entrevista de una de las personas que por poco no me da la concede y que me generó bastante molestia.

El regreso a San Juan de Rioseco fue bastante largo. El bus que tomé desde Beltrán me dejó en Cambao. En tiempo gasté aproximadamente 45 minutos. Al llegar, debí esperar otro bus que me dejara en La Rioja, pues ningún bus entra hasta San Juan de Rioseco. Demoré allí hasta la 1 p. m., y mientras esperaba, me ubiqué debajo de una carpa de la policía de carreteras. En ese lugar charlé con los policías, los cuales me preguntaron qué hacía yo en ese lugar, con quién trabajaba y hacia dónde iba. También observaba cómo hacían requisas a los diferentes conductores que pasaban por allí. En esto se me pasó el tiempo, mientras pasaba mi transporte.

Finalmente pasó. El viaje duró como hora y media, pero iba sentado y cómodo, y además se veía una película de artes marciales que me pareció entretenida. Al llegar a La Rioja, el paradero estaba completamente vacío, pero con el pasar de las horas se llenó de gente; algunas personas iban

para Bogotá, otras se dirigían hacia Cambao y solo un señor y yo íbamos para San Juan de Rioseco. Entonces, al pasar un taxi, decidimos tomarlo juntos, ya que pagar la carrera entre ambos nos salía más económico. Tuvimos suerte de que el taxista “quisiera” entrar a San Juan, pues aquí el transporte es pésimo, y uno debe someterse a la voluntad de los conductores o particulares para poder llegar al lugar de destino. En el viaje reflexionaba sobre las duras condiciones de transporte que soportaban los habitantes de esta región, y lo costosa que resultaba la movilidad hacia cualquier punto de destino.

Al llegar a San Juan, decidí tomar como almuerzo una ensalada de frutas. Me pareció más pertinente que cualquier otra cosa. Sin embargo, al igual que el día anterior, almorcé sobre las 3 de la tarde. En el hotel me bañé nuevamente y decidí replantear la forma de movilizarme al día siguiente, pues no esperaba llevarme otra sorpresa como la de este día.

EL CLIMA MÁS AGRADABLE, UN DÍA CARGADO DE ADRENALINA Y AVENTURAS

Me levanté a las 6:00 a. m., me alisté, tomé el desayuno y preparé mi equipaje, pues ese día me iría de San Juan y me instalaría en el municipio de Pulí. Decidí hacer esto ya que mi contacto me dijo que de Pulí salía transporte hasta las 2 p. m. y tocaba esperar hasta el otro día. Pensando en lo que me había pasado el día anterior, decidí intentar esto, a ver qué pasaba y cómo me iba. Tan pronto estuve listo, pagué mi hospedaje y me fui a la terminal de San Juan, pues el primer bus salía a las 9 a. m. Claramente no salió a esa hora, pero igual tenía que estar en punto.

De camino hacia el municipio de Pulí no sucedió nada particular; sin embargo, la vía hacia este municipio era un poco vieja y se notaba que no transitaban muy seguido los vehículos por allí, pues una vía era de ida y otra era de regreso, y nunca encontré ningún trancón. Aun así, el viaje duró casi dos horas, y la no congestión vehicular no

significaba llegar temprano. Al llegar al municipio, lo primero que noté fue su clima tan agradable, pues se sentía una temperatura cálida pero no en exceso, que permitía realizar cualquier actividad sin ese espantoso calor de San Juan y Beltrán. Sin embargo, al llegar al municipio observé que no había mucha gente y que de alguna manera se sentía la soledad.

Inmediatamente me contacté con la gestora del municipio. Nos presentamos y ella me ubicó. Yo le pedí el favor de instalarme en un hotel para poder pasar la noche y dejar allí mis objetos personales. Ella me llevó adonde un conocido que tenía una hostería. (En este momento puedo decir que en este pueblo, como en todos los de la provincia, todos son conocidos o parientes). Antes de entrar a la hostería, le dije a la gestora que me iba a instalar y que tan pronto estuviera listo, la llamaría.

Yo pensé que me iba a demorar mientras arreglaba la ropa e instalaba mis cosas, pero no sabía la sorpresa que me llevaría. Al entrar, el hospedero me recibió con mucho agrado, me llevó a la habitación que estaba en el segundo piso, y allí empecé mi sorpresa. La puerta era de madera, la cual no cazaba perfectamente con el marco, pues había un desnivel en el cual quedaba un espacio por donde podía entrar la luz; en otras palabras, era una puerta descuadrada. La seguridad de la puerta consistía en un candado en la parte exterior, en tanto en la parte interior, para proteger la seguridad e intimidad del huésped, estaba una puntilla, la cual se pasaba entre la puerta y el marco, generando un efecto de tranca. La habitación era simple; eso sí, limpia, pero simple, a tal punto de que no tenía un armario o un perchero para colgar la ropa. Así, me tocó dejar todas las pertenencias en la maleta de equipaje, y llevar en la otra mis objetos de valor y el dinero. Mi sorpresa fue grande.

Al salir, llamé inmediatamente a la gestora, que ya estaba lista y había conseguido a las personas para movilizarme hacia las veredas del municipio. Resultó que uno de ellos era el marido y el otro era el hermano. Me los presentó y me dijo que ellos

nos llevarían por un valor de \$15.000. La verdad me pareció costoso, pero ciertamente no tenía más opción, al no conocer a nadie más. Sin embargo, llamé a mi jefe en Bogotá para comentarle la tarifa del viaje hasta las veredas de Pulí. Él me dijo que no me preocupara por los costos, con lo cual me quitó un peso de encima y accedí a irme con ellos inmediatamente. La gestora me advirtió que el viaje hasta la vereda donde quedaba una casa de la salud estaba más o menos a una hora de viaje. No me importó el tiempo, pues después de estar dos días allí, me di cuenta de que el viaje a cualquier sitio era largo y tortuoso.

Nos llevaron en motocicletas y, claro, no tenían cascos de protección, lo cual hizo el viaje muy interesante. En su mayoría, el camino estaba sin pavimentar y tenía momentos de bajadas y de subidas, lo cual me hizo perder un poco la orientación respecto a si el sitio hacia el que íbamos era más arriba o más abajo de Pulí. Al seguir avanzando pensaba que si llegábamos a tener algún accidente y yo moría, no sabría en qué momento mis familiares serían notificados de este suceso ni en cuánto tiempo encontrarían mi cadáver. Pero dejando de lado el miedo por el camino tortuoso y la falta de seguridad vial, me pareció maravilloso el viaje. No sé si era por la adrenalina que sentía al recorrer el camino, o por la espectacular vista que tenía de mi entorno, o por la sensación de libertad que me genera el andar en motocicleta, pero disfruté ese viaje. Esta fue una de las cosas que compensaron las dificultades que se me presentaron hasta ahora.

Al llegar a la casa de la salud, la gestora inmediatamente me contactó con la coordinadora, que nos recibió sin ninguna prevención. El esposo de la gestora nos invitó una bebida a todos los que estábamos allí, pues la casa de la señora era una tienda de la vereda. Mientras nos tomábamos la bebida, la gestora le indicó a la señora cuál era la razón de mi presencia allí, el motivo de mi visita. La señora de la casa no tuvo ningún problema en participar de la entrevista; sin embargo, al iniciar el proceso, empezó a contestar cosas que no venían al caso, y además se despachaba con cierto

aire de resentimiento hacia la clase política. Tuve que parar la entrevista e indicarle que ella podía decir todo lo que quisiera, pero relacionado con lo que yo le preguntara. Sin embargo, yo comprendía que algunas de las cosas que decía podían ser ciertas, que en gran medida allí se evidenciaba un abandono del gobierno municipal, departamental y nacional. Reiniciamos y ella acogió favorablemente mi pedido.

Terminada la entrevista, nos pusimos a charlar los cinco: la líder comunal, la gestora, los dos conductores y yo. Me contaban sobre las viejas promesas de los alcaldes y gobernadores que han pasado por allí, que reclamaban votos a cambio de promesas sin cumplir, y también cómo en cada época electoral volvían a caer en la red de ilusiones que los políticos tejían nuevamente. Entre las cosas que hablamos, me llamó la atención el hecho de que esa provincia había sido zona de alto riesgo por la violencia generada por los grupos guerrilleros y paramilitares. No obstante, según ellos, las vías de acceso al municipio estaban en buen estado cuando la guerrilla controlaba esa zona. Claro está, esto no era consecuencia de una bella obra social, sino por la entrada y salida de sus tropas y de los vehículos que ellos necesitaran. Es una de las grandes ironías de nuestro país: aquí los violentos y nuestros gobernantes solo se preocupan por las empresas de interés social cuando ven en ellas la extensión de su poder o la perpetuidad en el mando.

Después de esto, nos dirigimos a otra casa, donde vivía una de las líderes comunitarias, a quien también entrevistamos. Ella se mostró dispuesta y tomó mis indicaciones sin ningún reparo. Pero lo que más me llamó la atención de esta persona fue que, aunque yo era un perfecto extraño para ella, me recibió muy afectuosamente y hasta llegó a decir que le gustaba que gente desde tan lejos la viniera a visitar. Sentí una gran emoción por sus palabras, pero también sentí una gran frustración por no poder hacer más por ellos que el solo hecho de tomar sus impresiones sobre un modelo de salud. Sin embargo, me quedé con sus amables

palabras y con el verde de sus ojos, que me recordó la bella mirada que tiene mi madre.

El regreso fue igual de interesante que la ida, pero con la novedad de que aquí sí llegué a buena hora para almorzar, pero efectivamente tarde para regresar a San Juan. Menos mal había decidido quedarme instalado allí por este día. El almuerzo en sí no fue nada interesante, pero como tenía mucha hambre, comí todo sin reparos. Además, el almuerzo estuvo amenizado con el partido por la liga de Europa entre el Porto de Portugal y el Sevilla de España. Después de esto tomé una ducha, pero me di cuenta de que el baño era compartido, así que no demoré mucho. Me quedé pensando cómo iba a hacer al día siguiente para no demorar mi salida.

En la tarde decidí tomar un paseo por el municipio; claro que fue un paseo más bien corto, pues uno no se demora más de veinte minutos en recorrer todo el municipio. Lo que sí sentí fue la penetrante vista de todos los lugareños, pues es claro que al ser un municipio con tan pocos habitantes, cualquier forastero les llama la atención y quedan expectantes a sus movimientos. Me dirigí hacia un sitio de internet, que por cierto tenía un servicio lento y de mala calidad, pero posiblemente era el sitio más moderno del municipio. Salí de allí hasta el terminal y pregunté cuál era el primer viaje para Viani del día siguiente. Después fui a comprar algo de comer, pues no deseaba comer lo mismo del almuerzo en la cena. Ya estaba cerca el final de la primera parte de mi viaje.

SORPRESAS Y RECESO

La primera ruta de bus que partía hacia municipio de Viani salía a las 5 a. m., y yo tenía bastantes ganas de irme y regresar a Bogotá, pues me hacía falta mi ciudad. Me levanté a las 3:30 a. m., ya que tenía que adelantarme a las demás personas que pudieran levantarse a esta hora, dado que había un solo baño y debía compartirse. Sin embargo, no hubo ningún problema, pues mientras me bañaba

y me alistaba, no se presentó nadie; solo hasta cuando ya estuve listo apareció la primera persona: resultó ser el mismo conductor de la flota que yo tomaría. Como faltaba bastante para la hora de salida, me puse a ver televisión; esta, a diferencia del hotel de San Juan, solo tenía la programación de los canales nacionales, pero me puse a verlos mientras terminaba de alistar mi equipaje.

El viaje al municipio de Vianí inició puntualmente a las 5 a. m., y en el bus solo habíamos cuatro personas: el conductor, el ayudante, una pasajera y yo. El viaje duró aproximadamente dos horas, y en el recorrido recogió a varias personas, lo que hizo que el bus se llenara con el pasar del tiempo. Pasó por San Juan de Rioseco, pero a diferencia de lo que yo pensaba, no se quedó esperando pasajeros; tal vez por la hora, solo recogió a las personas que estaban esperando y de inmediato siguió su camino. En el transcurso del viaje me dormí, pues allí empecé a sentir el cansancio de los días anteriores y la madrugada de este día.

Llegué finalmente al municipio de Vianí, cuando faltaba un cuarto para las 7 a. m. Todo el casco urbano del municipio se veía solo. Quise ir a un restaurante que en viajes anteriores había conocido, y me gustaba mucho la comida que allí servían, pero la mesera me indicó que el servicio no empezaba sino hasta las 7:15 a. m. y que debía esperar afuera. Obedecí la orden y esperé en la plaza. Menos mal estaba en un clima cálido, porque esta misma situación en Bogotá sería muy difícil de soportar, por las bajas temperaturas. Mientras tanto veía pasar a los chicos para el colegio, a algunos padres de familia que los acompañaban y otros personajes del lugar. Quise ir a la parroquia del pueblo, pero a esa hora estaban haciendo la liturgia de las horas, y como tienen allí una emisora de radio local, la estaban transmitiendo, por lo cual el acceso a la parroquia se hacía imposible. Tuve que esperar con hambre y aburrido.

Finalmente llegó la hora anhelada: la del desayuno. Pedí carne asada, con café y caldo de costilla. Por fin sentía que comía bien, pues la verdad lo

más duro del viaje —fuera del clima, las vías, los costos de transporte, la dificultad de la movilización, el calor insoportable— era la alimentación tan limitada que había. Disfruté mis alimentos como hacía rato no lo hacía; alimentos que eran totalmente de mi agrado, que me satisfacían completamente, que llenaban mis expectativas gastronómicas. Además, pienso, también los consumía con mayor agrado por ser mi último día de trabajo de campo y ya sentía cerca el regreso a la ciudad. Una vez terminé, logré establecer cuál sería mi itinerario del día.

Luego me dispuse a llamar a la gestora del municipio de Vianí, quien, aparte de ser la persona que iba a guiarme por el municipio y a contactarme con los líderes comunales, también me prestaría otro servicio: el de su casa, pues ella iba a guardar mi equipaje, ya que me resultaría estorbo para las visitas de campo, o bien, podría exponerme a que me robaran. Al contactarme con ella, me dio las indicaciones para poder llegar a su residencia, lo cual hice en menos de diez minutos. Al llegar a su casa, me ofreció café y me contó parte de su vida: con quién vivía y cómo era su trabajo como gestora, antes y ahora. Ella tenía la particularidad de haber trabajado en veredas, pero ahora lo hacía en el casco urbano. Me relató que realmente por movilidad y distancias se hace más difícil el trabajo en las veredas, pero el problema en el casco urbano es que la gente resta bastante importancia al trabajo de los gestores y se hace más difícil el acceso a la comunidad. Sin embargo, ella me planteaba que anteriormente había estado en las veredas, pero el desgaste físico era tal que al llegar a su casa no pensaba sino en descansar, y prácticamente se olvidó de su hija de doce años. Por esto tuvo que pedir un cambio de lo rural a lo urbano.

Con ella recorrí el municipio en su parte urbana; obviamente era mucho más fácil y tenía otros matices. Por ejemplo, el municipio de Vianí no se veía tan solo como los otros dos que había visitado anteriormente, porque la carretera principal pasaba por todo el municipio y por ello permanentemente tenía turistas, pasajeros y gente nueva, lo cual hacía

que se perdiera la diferencia entre propios y extraños. Además tuve la oportunidad de ver cómo era la estructura arquitectónica del municipio, dónde se iniciaban las nuevas construcciones y dónde estaban ubicadas las antiguas construcciones.

De esta manera llegamos a la única casa de la salud que existe en el casco urbano de Vianí, que por cierto queda en toda una calle principal que desemboca en la carretera principal. Allí la líder comunitaria era una señora, que estaba acompañada de sus hermanos e hijos; pero se evidenciaba una vida muy distinta a la de las personas visitadas anteriormente. Era claro que la señora vivía cómodamente, que estaba allí para pasar sus años de vejez, pues aunque era natural de ese municipio, había vivido gran parte de su vida en Bogotá, por lo esta tierra, en cierta medida, le resultaba ajena. Antes de iniciar la entrevista, me confesó que una de las razones por las que se devolvió es porque su madre enfermó el año anterior; ella vino a cuidarla, hasta que murió, y que ahora estaba esperando el juicio de sucesión. Me indicó que ella iba a quedarse del todo en el municipio y me contó que en Bogotá vivió en el barrio Normandía, localidad de Engativá, vecina a la localidad de Suba, donde yo vivo.

La entrevista pasó sin ningún inconveniente; en mi concepto, ella tuvo una actitud más analítica, pues lograba hacer una buena retrospectiva de lo que era el municipio antes y ahora, además de una buena comparación entre el municipio de Vianí y la ciudad de Bogotá. Finalizada la entrevista, los hermanos de la señora nos ofrecieron una taza de café con colaciones. Después de terminar, nos despedimos y nos fuimos del lugar; me ubiqué donde otra líder comunitaria, que no se encontraban en el momento. Se repetía otra vez la historia del municipio de Beltrán, pero con la diferencia de que esta era una experiencia agradable. Sin más personas por entrevistar, la gestora me acompañó a la terminal de transporte del municipio a comprar mi pasaje de regreso a Bogotá, mi querida ciudad.

La salida era hasta las 10 a. m., y mientras esperaba esta hora, me quedé en la casa de la gestora. Ella continuó comentándome cómo eran las condiciones laborales que tenían que vivir. Ciertamente, muchas de las cosas que ella manifestaba eran ciertas, y lo peor era que se repetían con las distintas experiencias de las otras gestoras; era una triste sincronización. También me manifestaba su deseo de vivir en Bogotá, de conseguir un empleo e instalarse allí, pero sentía temor por su hija, por los trancones, por la inseguridad. Era irónico para mí, pues eso es cierto, pero contrasta con el gran abandono que se presenta en estos municipios por parte del Estado, pues la paz que allí se vive no es por sana convivencia, sino por soledad.

Llegó la hora de irme. Ella me acompañó hasta un tramo y siguió su camino, pues tenía que seguir con su trabajo. Yo simplemente tomé mi bus y emprendí mi camino hasta Bogotá. Pero todavía me quedaban tres municipios.

REINICIO DE ACTIVIDADES: UN LUGAR MÁGICO

Ya tenía planeado este viaje desde la semana pasada con mi contacto en San Juan de Rioseco. El día anterior, desde Bogotá, me comuniqué con el gestor del municipio de Chaguaní; acordamos que yo iría a este municipio el día martes 8 de abril y que allí yo necesitaría donde hospedarme por una noche, ya que al día siguiente tendría que trasladarme para otro municipio. El primer viaje desde Bogotá a Chaguaní iniciaba a las 6:30 a. m., por lo cual la madrugada no fue tan difícil como la vez pasada; sin embargo, el viaje era un poco más largo, ya que el municipio es más lejano. El recorrido fue muy similar al que había tenido la semana pasada para ir a San Juan, pero ya estaba acostumbrado, así que no me sorprendió en lo absoluto.

Al llegar a Chaguaní, llamé al gestor, que inmediatamente salió a mi encuentro. Al recibirme, me

dijo dónde podía instalarme y que tan pronto lo hiciera, nos iríamos a las veredas del municipio. Con el hotel yo no me hacía muchas ilusiones, pues en el viaje anterior no fue la gran cosa; sin embargo, este era un hotel maravilloso. Era un lugar familiar, acogedor, bonito, cómodo, que aunque no tenía las características de un hotel lujoso, tenía en el ambiente la sensación de tranquilidad y de gozo. Me instalé en una de sus habitaciones del tercer piso, donde prácticamente no se escuchaba ningún ruido y podía verse el horizonte en todo su esplendor. La habitación no tenía nada fuera de lo común, pero todo era agradable y convertía el lugar en un sitio acogedor. Lo particular era que tenía aire acondicionado, lo cual fue muy grato para esa noche de calor.

Una vez terminé de instalarme, y contento por el lugar que me habían recomendado, salí al encuentro con el gestor, que de inmediato se reportó para el viaje. Las personas encargadas de llevarnos eran dos motociclistas, que, al igual que en el viaje hacia las veredas de Pulí, no tenían los elementos de seguridad vial necesarios. Al igual que en las veredas de Pulí, el terreno era difícil, con subidas y bajadas. Disfruté del paisaje, de la brisa en el rostro cuando se avanzaba en moto, la adrenalina recorriendo el cuerpo por las vías difíciles, entre otras cosas, pero todo en un ambiente de seguridad y de confianza.

Al llegar a las veredas, entramos a la casa del presidente de la junta de acción comunal de la vereda. Allí estaban su esposa y algunos trabajadores. Cabe resaltar que en esta provincia el cultivo más sobresaliente es el del café. Precisamente me ofrecieron café y, de paso, me comentaron que este café es de tipo exportación, ya que tenían una alianza con empresas internacionales que habían certificado la calidad del producto. Yo les pregunté que si en Bogotá tenían venta de este producto, a lo que me contestaron que no, ya que hasta ahora iniciaban la comercialización. Tal vez por mi interés, me regalaron un paquete de este café. Pienso que les caí bien de entrada.

Antes de iniciar la entrevista, llegó otra gestora a la casa; nos presentamos y le comenté lo que tenía que hacer en este lugar. La entrevista la iniciamos en las afueras de la casa, con una brisa cálida, propias de estas tierras, pero con toda la calma y seguridad del caso. El señor se esforzaba por contestar con tino todas las preguntas que yo le hacía, y tal vez por esto, los gestores y la esposa del señor permanentemente le hacían amonestaciones al señor. En ese momento me tocó parar la entrevista y decirles a los presentes que por favor no siguieran interrumpiendo, pues yo no estaba allí para hacer una prueba técnica sobre el modelo de salud, sino para tomar las impresiones de los actores relevantes de la población y poder percibir sus sensaciones sobre el modelo. Ya aclarada la situación, el señor empezó a responder con toda la tranquilidad del caso, pero los gestores se notaban un poco aburridos, como regañados. Esa no era mi intención.

La entrevista terminó aproximadamente a las 12:30 p. m., momento en que nos sorprendió nuevamente esta familia, al ofrecernos almuerzo a todos nosotros. Fue muy agradable que nos hubieran invitado, más en mi caso, que era un completo extraño. Al terminar, nos dispusimos a seguir a la siguiente vereda, pero “echando infantería”. El camino es en sí difícil, pero menos mal no estaba lloviendo, pues de ser así, se volvía prácticamente inaccesible. Sin embargo, era complicado, pues el calor era muy fuerte y el rayo de sol casi no daba espacio para la sombra. En ese sentido fue muy similar a mi viaje a las veredas de San Juan de Rioseco.

Antes de ir a la siguiente vereda, me llevaron al sitio que funciona como casa de la salud: el salón comunal, que se veía abandonado, mugriento, lo cual es bastante lógico, pues allí solo se reúnen para eventos especiales, y de resto no lo usan. Creo que estaba sucio por la falta de vidrios, pero tampoco creo que fueran necesarios, ya que con el calor que se genera por tantas personas, ello no es viable. Después de esta visita, me llamó la atención una construcción que sobresalía en la distancia; cuando pregunté por ella, me dijeron

que popularmente la llamaban la “pirámide”, por su forma de construcción, pero que realmente era una templo gnóstico.

Cuando me dijeron esto, me intereso más, pues mi vena religiosa, que defiende la ortodoxia cristiana católica, se sintió exaltada por ver a los antiguos enemigos de la fe. Al llegar al lugar observé una construcción piramidal, hecha de latas, que estaba cerrada. El gestor me comentó que anteriormente se reunían aproximadamente unas quinientas personas, pero que con el pasar del tiempo dejaron de volver. Me decía que las personas que iban no eran propias de la región, pero que este templo igualmente logró atraer a algunos adeptos a su causa. El gestor me decía que las pocas personas que del pueblo habían seguido esta creencia gozaban de buena salud. Me pareció curioso que este tipo de creencia haya tenido apego en esta comunidad, puesto que una de sus condiciones es no tener relaciones sexuales; según ello, la reproducción se da por la acción del espíritu santo. Bueno, tal vez esto explica en parte la disminución en la población.

Después de este desvío, llegamos a la casa de otra líder comunitaria, que por cierto era conocida de los gestores que me estaban acompañando. En ese lugar se encontraba otra de las gestoras, pues ese era parte de su territorio. Allí, al igual que con la otra gestora, me presenté y comenté cuál era mi labor. Esta gestora nos ofreció una bebida, pues prácticamente veníamos lavados en sudor; claro que seguramente era yo el más notorio, pues, aparte de eso, debía estar ruborizado por la alta temperatura y el cansancio, y por mi falta de costumbre en estas peripecias.

La entrevista, como en la mayoría de casos, no tuvo ningún inconveniente. Al terminar, nos regresamos para el casco urbano de Chaguaní, pero también debíamos “echar infantería”. En este punto yo temía realmente, porque aunque no tengo problemas para caminar largos trayectos, sí me molestan —y mucho— los rayos del sol. Pero entre todos nos dimos ánimos, y no desfallecí en mi andar. En el camino observaba las vías. Algunos de los tramos

estaban pavimentados; de hecho, vimos algunos obreros pavimentando, pero lamentablemente no era en todo el camino. En un punto, y no sé exactamente cuál, el gestor me dijo que bajáramos por una pendiente, la cual nos ahorraría gran parte del camino. La verdad yo estaba tan cansado que no medí el riesgo, y simplemente baja por allí. Casi me caigo, y si no es por mi firmeza, me hubiera ido de cara y me habría dado un gran golpe; pero no pasó nada malo y llegamos rápido.

Nos quedamos esperando a las dos gestoras, y puesto que no llegaban, decidimos llamarlas, con la sorpresa de que antes de que nos contestaran, las vimos en la cabina de una volqueta. Fueron más listas que nosotros y se ganaron al conductor para que las llevara al casco urbano. Al pasar por donde nosotros, nos ofrecieron llevarnos, pero al lado de las puertas. No habiendo más opción, y estando yo emocionado por la aventura que iba a tener, nos subimos de inmediato a la volqueta e iniciamos el viaje. Hay que decirlo con toda franqueza: jamás en mi vida había hecho algo similar, y dejando de lado el temor por caerme, lesionarme de gravedad o morir, la verdad fue una experiencia única y muy divertida, aunque eso sí llegue un poco cansado, pues era muy difícil cambiar de posición. Al llegar, le pedí a una de las gestoras que me tomara una foto encima de la volqueta; aunque lo que realmente quería era que me tomaran una foto en pleno movimiento, pero igual esa me servía como registro.

Al llegar al casco urbano de Chaguaní, tomé algunos registros fotográficos de la plaza municipal, y después entré al hotel a ducharme, ya que estaba empapado en sudor y me sentía bastante cansado. Más tarde la administradora del hotel me ofreció una cena; la comida que me dio tenía un sabor muy agradable, de buena presentación, que satisfizo mis necesidades culinarias. Más tarde apareció allí el gestor y le invité a tomar una cerveza, que caía muy bien en la noche y con ese calor. Al final del día me acosté en una cama cómoda; me sentía fresco y con la satisfacción de un día provechoso para mi trabajo. Esperaba que en el municipio de

Bituima, donde iría al día siguiente, el hospedaje fuera igual de cómodo y reconfortante. No sabía lo que me esperaba.

DE LO MÁGICO A LO DECEPCIONANTE

El primer bus salía de Chaguaní hacia Bituima a las 9 a. m. Con esto tenía tiempo de sobra para desayunar, bañarme y alistar mis cosas para iniciar el viaje. El desayuno fue de mi total agrado, como todo lo que había en Chaguaní. Es claro que el pueblo que más me gustó fue este, pues tenía algo en el ambiente que lo hacía especial, un encanto dentro de lo normal que lo hacía acogedor; en fin, un lugar mágico, que sobresalía por su naturalidad. Al tomar el transporte me encontré con una de las gestoras con las que había estado el día anterior; pero ella se dirigía para el municipio de Facativá. El viaje duro casi una hora, pues solamente era tomar la carretera principal y allí se llegaba al municipio de Bituima. Cabe resaltar que el bus no entraba hasta el pueblo, pero me dejó allí en la carretera, a unas cuadras de la entrada del casco urbano de Bituima.

Cuando llegué, llamé a la gestora del municipio de Bituima, la cual me dijo que en unos 20 minutos llegaba. Se apareció a la hora. Mientras tanto, entré a una cafetería-restaurant que había cerca, me tomé una gaseosa y esperé a que llegara la gestora. Al llegar se excusó por la tardanza y me explicó que su demora se debió a que le estaban arreglando su motocicleta, y hasta que no la dejaran lista, no podía venir a mi encuentro. No podía decirle nada, pues era claro que ella en su motocicleta me iba a llevar hasta las veredas de Bituima. Al menos en este caso la tardanza sirvió para que no generar ningún costo por el transporte.

Antes de iniciar el viaje, me indicó un hotel en el cual podía hospedarme; yo, confiado, acepté su indicación. Como es de suponerse en estos pueblos, todo el mundo se conoce entre sí, así que la gestora llamó a la persona encargada del hotel,

pero no contestaba. Entonces llamó directamente a la puerta del hotel, y allí apareció la dueña. La gestora me había comentado que este hotel tenía piscina y que era un lugar muy agradable. La verdad sí había piscina, aunque poco me importaba, porque yo no iba de paseo; pero era una piscina sucia y de esas donde parece que se hubiera cometido un crimen. Bueno, pensé yo, no importa, al fin y al cabo lo que me interesa es la habitación. Cuál sería mi sorpresa al entrar a esta habitación y notar que no tenía televisión, en tanto el armario que había estaba sucio y no tenía ganchos para poder colgar la ropa. Por lo menos en el hotel de Pulí la habitación estaba limpia, aunque no tuviera baño individual. Y el televisor se vuelve muy importante, y no porque tenga canales internacionales, o porque la televisión nacional sea muy interesante, sino más bien porque no tenía otro medio de distracción en aquel lugar, y la estancia aquí de una u otra manera iba a ser más larga. Pero de todo esto ya me tendría que preocupar después.

Tan pronto me “acomodé” en el hotel, salí al encuentro con la gestora, la cual tenía una motocicleta de esas que popularmente llaman “señoriteras”, pero que para el caso funcionaban perfectamente. El viaje al interior de las veredas fue igualmente extenso, casi igual que a los anteriores; duró una hora de viaje, pero el camino no era tan complejo como los de Pulí y Chaguaní. Aquí me dio la sensación de estar siempre bajando, aunque también tenía algunas subidas. Finalmente llegamos a una de las casas de la salud, que estaba habitada por dos hermanas. Esta casa de la salud además funcionaba como paradero del único bus que salía para el casco urbano, el cual solo hacía un viaje de ida y uno de venida en todo el día.

Como en todos los casos anteriores, la gestora se conocía muy bien con las personas a las que íbamos a visitar, y hay que decirlo: se dispusieron a escuchar los motivos de nuestra visita a aquel lugar. Una de las dueñas de la casa finalmente accedió a darme la entrevista; claro está, antes la gestora me invitó algo de beber, pues el calor era insopportable. Antes de iniciar la entrevista, me comentaron

que en este sitio, desde hace muchos años, estaba programada la construcción de una carretera, pero que nunca se había llevado a cabo; sin embargo, en los registros viales, según ellas, aparecía registrada la construcción de esta desde hacía bastante tiempo. Por otro lado, cuando hice un comentario sobre que ese día se conmemoraba El Bogotazo, la otra señora contestó con molestia que para qué recordar eso, si finalmente había sucedido hacía mucho y que no era relevante para el momento actual. Pensé yo que quizás esta señora era una antigua militante conservadora. Quién sabe.

La entrevista no tuvo ninguna novedad, salvo el testimonio propio. La señora contestaba con toda la tranquilidad del caso y se veía a gusto con lo que decía. Al terminar, nos despedimos y tomamos rumbo para otra de las casas de la salud. El camino fue de casi media hora, o tal vez más corto, pero este recorrido no fue tan agradable como el anterior, pues tenía bastantes subidas y bajadas bien inclinadas que hacían difícil el trayecto. Al llegar al sitio esperado, la gestora me indicó que en ese sitio estaba haciendo un evento la gente del hospital, pues al lado funciona un colegio. Allí vimos a otra de las gestoras, que estaba haciendo parte de su trabajo en esta vereda. Al igual que a todos los demás, le explicamos cuál era el motivo de mi visita. Ella nos presentó a una de las líderes comunitarias del lugar e iniciamos la entrevista.

De todas las visitas y entrevistas que hasta el momento había hecho, esta me pareció la más dura, pues la señora contestó a todo lo que yo le pregunté con una tendencia negativa, oscura, muy pesimista; además, en sus reacciones se le notaba una alta carga de resentimiento, el cual posiblemente salió a flote con la entrevista que estábamos realizando. Al verla mientras contestaba, se notaba una mirada perdida en el tiempo, que recordaba con dolor e ira todo aquello que le ocasionaba resentimiento. Las gestoras que estaban allí no intervinieron en nada, y a todo lo que esta señora comentaba asentían; con una mirada perdida en el tiempo, también recordaban con dolor lo que a ellas les había sucedido. Debo decir que realmente me preocupé,

no porque fuera cierto o no lo comentado, sino porque tal recuento de frustraciones pueden generar en la gente un alto grado de resentimiento que puede llegar a la exageración de los problemas o la descalificación de cualquier acción social. Sin embargo, al ver el estado general de las vías y las condiciones de vida, tal vez no exageraban.

Al terminar la entrevista, nos despedimos y nos dirigimos de regreso al casco urbano de Bituima. En el trayecto, la gestora me comentó que en este sitio las casas de la salud no son fijas, sino que se rotan, porque cada semana se convocan en distintos lugares. Ella me dijo que esto lo hacían, en parte, gracias a la colaboración del párroco del pueblo, pues él cada semana ofrece la eucaristía en una vereda distinta y permite que las gestoras lo acompañen y hagan su intervención después de misa. Yo le dije que me interesaba mucho hacerle una entrevista al párroco, pues su registro era interesante por el trabajo mancomunado que estaban llevando a cabo y por el hecho de que él finalmente accediera a colaborarles. Al llegar al pueblo, nos dirigimos al despacho parroquial, donde la secretaria nos comentó que hasta las cinco de la tarde encontrábamos al sacerdote.

Como hasta ahora era la una de la tarde, había el tiempo exacto para almorzar y preparar la entrevista. Le pregunté a la gestora por un lugar bueno para almorzar, y ella me recomendó una tienda en particular. Sin embargo, recordé que así mismo me recomendó la “maravilla” de hotel donde me alojé, por lo cual decidí entonces hacer caso omiso a su sugerencia y mirar por mi cuenta donde almorzar. Vi un lugar en todo el marco de la plaza que ofrecía todo tipo de comidas. Decidí entrar; el lugar no me pareció nada espectacular, pero tampoco de mal gusto. Me senté y pedí los alimentos. Mientras tanto estaban dando un partido de la liga europea entre el Atlético de Madrid y el Barcelona. Era el partido de vuelta, con un empate a sus espaldas en el Camp Nou, con toda la serie abierta para ambos equipos. El Atlético inició jugando bien y al poco tiempo anotó el gol, que a la postre terminaría siendo el gol de la clasificación

a semifinales. En esto me llegó el almuerzo solicitado, lo cual, hay que decirlo, estaba muy rico, llenó mis expectativas y me alegró la tarde.

Terminados mis alimentos, me dirigí al hotel, donde tomé una ducha y me preparé para la entrevista. Al salir de la ducha, vi que el cielo estaba oscuro, con apariencia de llover. “¡Qué rico!, algo de lluvia en este clima infernal”, pensé. Al terminar de arreglarme, salí a dar una vuelta al pueblo; sin embargo, no había mucho que ver. Entonces entré a una cabina de internet, al menos para tratar de conectarme con el resto del mundo, y para mi bien aquí la señal era buena. Cuando miré el reloj, faltaba media hora para la cita acordada, pero estaba muy oscuro el cielo y decidí ir de una vez a la parroquia para que no me alcanzara la lluvia. Mientras tanto llamé a la gestora para encontrarnos allí y que me presentara al párroco.

Una vez allí, preguntamos por el sacerdote, pero estaba en confesiones, por lo que debimos esperar. En ese momento empezó a llover bastante duro; algo que, pensé, debía ser muy raro en estos sitios. La gestora en ese momento se acordó de que no había recogido a una de sus hijas y decidió salir, con la tranquilidad de saber que el sacerdote se demoraba, lo cual le daba tiempo para ir y volver. Salió en plena lluvia hasta el lugar de origen; cuando ella salió, la secretaria del padre me ofreció un tinto, que caía muy bien en ese momento. Al terminar mi taza de tinto, apareció el sacerdote preguntando si era yo el que lo necesitaba. Al no estar la gestora para que me hiciera la presentación, lo hice yo por mi cuenta, esperando a que el sacerdote no se hiciera accederia y creyera mis argumentos. Para mi sorpresa y mi bien, él me creyó; entre otras, según él, porque me había visto con la gestora en el transcurso del día y sabía cuál era mi labor. Me sorprendió la respuesta, pero agradecí mi suerte e iniciamos la entrevista.

El sacerdote me comentó que era hijo de campesinos y que conocía las dificultades en el campo, así que por esta razón decidió ayudar a las gestoras en su tarea. Se mostró muy atento y contestó

a todas mis preguntas de la manera más natural y concreta posible. Finalizamos la entrevista y nos despedimos, con la sorpresa de que la gestora nunca apareció; pero bueno, el objetivo se había cumplido. Decidí buscarla, pues el centro de salud no era lejano ni desconocido para mí. Al llegar, me di cuenta de que allí estaba con su hija, acompañada de otra gestora y su hijo. Nos presentamos y empezamos a dialogar, hasta que llegó la hora de la cena.

La cena la tomé en el mismo lugar donde había almorzado, y fue igual de delicioso. Al terminar, me dirigí al hotel, en espera de poder dormirme temprano, y no porque tuviera que madrugar al día siguiente, sino porque no había nada más interesante que hacer el resto de la noche. Ya en el hotel me di cuenta de que había otras personas allí instaladas, pero todas ellas tenían televisión. No supe si eran huéspedes o personas que vivían allí. Esto me molestó, pero ya nada podía hacer; total, al día siguiente me iba a ir. Al entrar en la habitación, me acomodé y me recosté, me puse a ver televisión en mi celular, y estando en esas vi que sobre el armario pasó una sombra; al enfocar mi vista, me di cuenta de que no era una sombra, sino una cucaracha bastante grandecita, lo cual me molestó. Me paré y con la suela de mi zapato acerté un golpe en este insecto; cerré el armario y esperé que no hubiera más de estos animales en la habitación. Recordé que había llevado un insecticida, lo usé y por lo menos me tranquilicé; supe que no me molestaría ninguno de estos animales el resto de la noche. Me acosté y me sentí mejor al saber que ya mañana terminaría mi recorrido.

FIN DE LA AVENTURA, REGRESO A CASA

Pasé una buena noche y ciertamente amanecí descansado. Al levantarme, me alisté para ir a desayunar, pues la señora del restaurante me dijo que atendían desde las 6:30 a. m. Al llegar al restaurante, me tocó esperar media hora, pero igual valió la pena la espera, pues el desayuno estaba

delicioso y esto compensaba la demora. Al terminar, regresé al hotel para terminar de alistarme y marcharme.

Al salir de allí, tomé camino hacia la carretera principal, pues los buses no entran hasta el casco urbano de Bituima, sino que deben esperarse en la carretera. No salí con una hora específica, ya que según los habitantes de este pueblo el transporte hacia Guayabal pasa casi permanentemente y no tiene un horario exacto. La verdad es que la espera fue un poco larga, casi de media hora, pero el calor que hacía era muy fuerte y me desesperaba. Mientras tanto, me acomodé debajo de la sombra de uno de los árboles que estaban en los lados de la vía; así por lo menos me protegía de los inclementes rayos del sol.

Al fin pasó el bus que estaba esperando; lo tomé y luego llamé a la gestora del municipio de Guayabal de Síquima para avisarle que ya iba en camino, y para que, además, estuviera pendiente de mi llegada, pues en Guayabal, al igual que en Bituima, no había terminal de transportes y la bajada era donde a uno le quedara más cerca. Todo el viaje estuve alerta de no pasarme, pues temía que tuviera que devolverme o hacer otro tipo de peripecia para llegar al lugar indicado. Finalmente, al llegar a un sitio que me pareció que era la entrada al pueblo, volví a llamar a la gestora para que me ubicara. Ese era el sitio; me bajé y me presenté formalmente.

Inmediatamente le pedí que por favor guardara mi equipaje mientras hacíamos las entrevistas. Aceptó sin ningún inconveniente. Guardamos mis cosas, y mientras ella terminaba de alistarse, me ofreció una bebida. Iniciamos luego nuestro recorrido. Ella me preguntó qué era lo que yo tenía que hacer, y yo le expliqué con todo detalle. Al entender lo que yo necesitaba, nos dirigimos a la casa de una de las líderes comunitarias, que manejaba un criadero de pollos. Al llegar, la señora se presentó y nos atendió desde la puerta, pues por alguna razón no podía atendernos dentro de su casa. Es curioso, pero de todas las personas que entrevisté, esta me pareció la más graciosa, y no

porque tuviera un alto sentido del humor, sino porque llevaba una vestimenta juvenil que rayaba con su edad y su figura; sin embargo, mantuve la compostura e inicié la entrevista.

Al no poder atendernos en su domicilio, nos ubicamos en una de las sillas que había en la plaza del pueblo, y allí, frente a la parroquia del pueblo, debajo de la sombra de los árboles y con la fresca brisa matinal, realizamos la entrevista que tanto estaba buscando. Ella respondía con un toque de picardía, y hasta no se veía mal, pues fea no era; lo que pasaba es que estaba vestida de una forma un poco pintoresca para mi gusto. Al terminar la entrevista, los tres nos dirigimos a la casa de la salud, que era el salón comunal del pueblo. Allí yo tomé unas fotos, y mientras tanto la gestora me decía que otra de las personas que nos podría ayudar era el párroco, pues él también trabajaba en conjunto con las gestoras en las visitas a las veredas.

Nos devolvimos hasta la parroquia, y allí tocamos a la puerta del despacho parroquial, que fue atendida directamente por el sacerdote. Él nos atendió inmediatamente, entre otras razones porque la gestora es una laica comprometida y pertenece a unos de los grupos parroquiales, así que tiene la confianza suficientemente. Finalmente nos pudimos acomodar e iniciamos la entrevista con el párroco. Al igual que con el sacerdote de Bituima, él era un hombre natural de estos pueblos y conoce cómo es el estilo de vida de estas poblaciones. La verdad me pareció bien interesante este hecho, ya que aquí sí se ve un trabajo conjunto entre dos entidades distintas; además fueron entrevistas que, a mi juicio, eran las más interesantes de todas, pues finalmente eran dos actores externos que no se verían comprometidos de ninguna manera por sus opiniones. Al finalizar la entrevista nos despedimos, después de tomarnos un café.

Ya finalizada la labor, la gestora y yo nos dirigimos nuevamente hasta su domicilio, pues yo ya iba a recoger mi equipaje y salir de allí. Estaba yo tan contento de terminar todas las entrevistas que no me di cuenta de que había varias personas obser-

vándonos, lo cual sí causó reparo en la gestora. Ella me advirtió de lo sucedido, y a su vez me explicó que esto se debía tal vez a que ella hacia poco había quedado viuda, y los vecinos, al verla conmigo, podrían pensar que yo era su nuevo amante. Me causó gracia esta afirmación, y recordé rápidamente ese dicho que reza “pueblo chico, infierno grande”. Al llegar a la casa de la gestora, recogí mis cosas y le pregunté cada cuánto pasaba transporte para Bogotá, a lo cual ella me respondió que se podía demorar, pues muchos buses iban hasta Facatativá y solo algunos lo hacían hasta Bogotá. Yo decidí esperar, pues la verdad hacer transbordo de buses me fastidia y prefería irme en un bus que me llevara directamente hasta Bogotá.

Mientras tanto, nos pusimos a hablar con la gestora. Comentó que fue muy duro para ella la pérdida de su esposo, la crianza de sus dos hijos y adaptarse. Mencionó que por eso había hecho amistad con el sacerdote, pues él le ha servido como guía espiritual en este momento de dolor. También refirió que más o menos un mes antes había sufrido de dengue. Recordé con total claridad la frase de Claudio, tío de Hamlet, con respecto a estos eventos: “Las desgracias no nos llegan una tras otra, sino en batallones”. Mientras conversábamos, apareció un conocido de ella que viajaba en su automóvil y se dirigía para Bogotá; ella habló con él para decirle que me llevara, pues al señor no le gustaba viajar solo. El hombre accedió a llevarme. Me despedí de la gestora, le agradecí sus atenciones y me marché de Guayabal.

En el camino, nos fuimos conversando. El señor conductor me habló sobre la historia de Guayabal, como él había llegado a vivir allí y por qué viajaba a Bogotá. Me comentó que siempre le había gustado cómo le cortaban el pelo en una peluquería de Bogotá, y que por eso él viajaba a la capital. Me comentó que conoció esta peluquería cuando vivía en Bogotá. Me confió también que en Guayabal tenía una ferretería y que le iba muy bien, ya que solo él y otra persona tenían el mismo negocio. Y hablando de esto llegamos a Bogotá. Me dejó en la localidad de Fontibón, la cual conozco muy

poco. Nos despedimos y, casi al instante, tomé un taxi que me llevó hasta mi domicilio. Allí, en la comodidad de mi hogar, en compañía de mis seres queridos, reflexioné profundamente sobre lo afortunado que soy y sobre la realidad que no se nos cuenta, pero que es latente en nuestra Colombia.

CONCLUSIÓN

Parfraseando a Bourdieu (1), se espera que sea el lector el que saque sus propias conclusiones después de haber leído el texto, pues no se pretende reconocer una realidad única de lo aquí vivido y expresado, sino mostrar una realidad que puede ser casi imperceptible. Según Foucault (11), la cultura de Occidente ha generado diversas “tecnologías” para la construcción de la subjetividad. Pensarnos a nosotros mismos como sujetos y agentes nos condiciona a un modo de estar insertos en el mundo; por el contrario, la ausencia de una identidad y la falta de un relato que dé cuenta de nuestras acciones desde un marco de intenciones y propósitos hacen imposible que nos reconozcamos como agentes.

Si no se sabe quién se es, qué se quiere ni para qué, tampoco se sabe cómo actuar ni tampoco por qué un buen relato parece formar parte del conjunto de dispositivos potenciados por el ideal occidental de sujeto racional, a quien se supone capaz de responder por sus acciones. Una marcada incompetencia para generar una narración sobre nosotros y nuestras acciones parece ubicarnos fuera de estos ideales de “normalidad” y “cordura” (10). Así lo expresa Foucault (11):

Por bien que se diga lo que se ha visto, lo visto no reside jamás en lo que se dice, y por bien que se quiera hacer ver, por medio de imágenes, de metáforas, de comparaciones, lo que se está diciendo, el lugar en el que ellas resplandecen no es el que despliega la vista, sino el que definen las sucesiones de la sintaxis. Ahora bien, en este juego, el nombre propio no es más que un artificio: permite señalar con el dedo, es decir, pasar

subrepticamente del espacio del que se habla al espacio que se contempla, es decir, encerrarlos uno en otro con toda comodidad, como si fueran mutuamente adecuados.

En lo fundamental, la percepción de la realidad es irreductible. Cada vez son más los autores que creen que la identidad es una ficción que elaboramos a partir de nuestras especiales competencias para narrar historias. Así, se dice que el “yo” sería una especie de metaevento distribuido en cada elemento que ha contribuido a la elaboración de nuestra biografía, el cual ofrece coherencia y continuidad a la experiencia. Gracias a esta construcción conseguimos pensarnos a nosotros mismos como individuos diferenciados y como agentes responsables, a la vez que nos volvemos capaces de unificar nuestras experiencias pasadas, presentes y futuras en un todo organizado, lo cual vuelve el mundo en que vivimos más predecible y significativo. En este sentido, lograr narraciones coherentes e integradas, al tiempo que abiertas para la incorporación de experiencias novedosas, parecería ser un aspecto esencial con miras a volver a nuestra experiencia y a nosotros mismos más inteligibles (10).

Por tal motivo, la reconstrucción biográfica emerge esencialmente de una persona y de su testimonio, así como de su interacción con el que lo retoma, interpreta y rehace. De este modo, el juego de intersubjetividades va a ser una dinámica inherente y permanentemente presente. Igualmente emerge un mecanismo enmarañado, complejo, dinámico, selectivo y efectivo: la memoria (12).

Los testimonios biográficos pueden abrir nuevas perspectivas a los siguientes interrogantes atinentes a la especificidad de nuestra investigación: ¿cómo se inscriben los cambios y las transformaciones sociales en la vida de los sujetos, en sus experiencias y en su memoria? ¿Qué papel desempeñan el sujeto y el grupo primario en los procesos de continuidad y de cambio cultural? ¿Cómo los valores, los modelos, los estereotipos, los mandatos y

las expectativas sociales persisten, se resignifican o cambian a través del paso generacional? ¿Cómo a partir de diferentes pertenencias étnicas, de clase o de género el sujeto maniobra frente a las expectativas sociales desde las cuales es interpelado? Los límites de este texto exceden las posibilidades de agotar esas preguntas (13).

Se pretende escapar de la alternativa entre ciencia neutra e ideología política. Se quiere evitar la tentación de profetismo, esto es, de creer encontrar la solución a los problemas sociales y de dejarse llevar por la demanda social y convertirnos en prisioneros de los juegos políticos, al vernos sometidos a las estrategias directas o indirectas de dominación (14).

Finalmente, lo que se espera es que el lector encuentre una lógica entre lo visto y lo vivido por el investigador, el cual ha mostrado un espacio de su vida a los acontecimientos naturales que de ello han resultado de su experiencia. Con ello el lector puede reír, llorar, estar de acuerdo o simplemente no estarlo, pero siempre entendiendo que la realidad no es una sola, ni hay verdades absolutas e inmutables, sino que, al igual que el agua del océano, cambia según el tiempo y de la forma en que lo observan los sujetos.

REFERENCIAS

1. Bourdieu P. La miseria del mundo. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica; 1999.
2. Gobernación de Cundinamarca y Universidad del Rosario. Proyecto: Planes de competitividad y desarrollo económico incluyente en cinco provincias de Cundinamarca. Bogotá: Autor; 2011.
3. Corbetta P. Metodología y técnicas de investigación social. Madrid: McGraw-Hill; 2003.
4. Langabaek Rueda CH. Diarios de campo extranjeros y diarios de campo nacionales. Infidencias de José Pérez de Barradas y de Gregorio Hernández de Alba en Tierradentro y San Agustín. Antípoda. 2010;11:125-61.

5. Martínez L. La observación y el diario de campo en la definición de un tema de investigación. *Rev Perf Libert.* 2007; 4:74-80.
6. Creswell J. *Research design: qualitative, quantitative, and mixed methods approaches.* California: Sage; 2009
7. Bolívar A. ¿De nobis ipsis silemus?: epistemología de la investigación biográfico-narrativa en educación. *REDIE.* 2002;4(1):40-65.
8. Toro I, Parra R. *Fundamentos epistemológicos de la investigación y la metodología de la investigación cualitativa/cuantitativa.* Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT; 2010.
9. Velasco H. *La lógica de la investigación etnográfica.* Valladolid: Trotta; 1997.
10. Duero D y Limón G. Relato autobiográfico e identidad personal: un modelo de análisis narrativo. *Rev Antrop Iber.* 2007;2(2):232-75.
11. Foucault M. *Las palabras y las cosas.* Buenos Aires: Siglo XXI; 1968.
12. Sanz A. El método biográfico en investigación social: potencialidades y limitaciones de las fuentes orales y los documentos personales. *Asclepio.* 2005;57(1):99-115.
13. Barbieri MA. Una reflexión crítica sobre la utilidad de los relatos de vida en antropología social. *Rev Elect Not Antrop Arqu* [internet]. 1997 [citado 2015 sept 18]. Disponible en: <http://www.naya.org.ar/congresos/contenido/laplata/LP3/43.htm>
14. Pérez J. Sobre “la miseria del mundo” de Pierre Bourdieu: un análisis de las consecuencias sociales de la globalización económica en el primer mundo. *Rev Cuad Trab Soc.* 2006;19:89-112.

Recibido: 15 de enero de 2015
Aprobado: 25 de marzo de 2015

CORRESPONDENCIA
Sergio Clavijo
saclavijoc@gmail.com

Artículos de revisión
